



AMORES CELEBRES

Junto a su hijo Aquiles, postrado en cama, Nicolás se preparaba para abandonar este mundo. Allí estaba, sobre la sábana de un hotel del camino, su mano afilada y huesuda que empuñando el arco del violín, había conmovido a los públicos de toda Europa.

Son generalmente los hombres de vida disipada los que al llegar los últimos momentos se creen en el deber de pensar en el balance que arroja su vida. Y por ello el virtuoso que con la llave aérea de su música se había abierto las puertas de las cortes más fastuosas, el hombre que había ganado dinero, títulos y honores, recordaba el nombre y la imagen de Yolanda Giordani y murmuraba:

—Perdon, yo te pido perdón. Ahora comprendo muchas cosas.

—¿A quién pedís perdón, padre? — le preguntaba un joven muy parecido a él, de unos dieciocho años apenas, que asistía en ese instante a la extinción de su vida.

Pero el diabólico, el infernal maestro, no le oía ya y aprovechaba los últimos instantes para evocar, solamente para evocar.

EL VIOLINISTA DESCONOCIDO

Muchos años antes un joven pobre, huraño y taciturno, llegaba a Liorna. No tenía casi qué comer, ni dónde dormir. Con el estuche de su violín bajo el brazo derecho entró en el conservatorio del maestro Ciocca.

NICOLAS PAGANINI Fué un extraordinario violinista italiano, nacido en Génova en 1782. Obtuvo fama mundial con motivo de sus inigualables ejecuciones en las que ponía de manifiesto una habilidad prodigiosa. Escribió, además, numerosas composiciones para violín. Murió en 1840.

Al verlo mal vestido y con cara de no comer en varios días, éste le dijo:

—Si quieres alimentarte y descansar puedo ayudarte. Pero te prevengo que las lecciones las cobro por adelantado.

—No vengo a aprender sino a enseñar — respondió hostilmente el joven—. Como es usted músico creo que sabrá donde puedo dar un concierto.

El maestro Ciocca lo miró con una sonrisa. ¡Concierto!..... bromeaba acaso el recién llegado. Sin hacer caso del gesto del profesor, Nicolás extrajo su violín y empezó a ejecutar. Los ojos de Ciocca comenzaron a agrandarse indefinidamente. Extático, contentiendo la respiración, parecía que iba a caer sin sentido a medida que las ondas musicales lo penetraban, lo ablandaban, lo disolvían. Apenas Nicolás abandonó el arco, Ciocca exclamó:

—¡Maravilloso, increíble!...! Nunca he oído nada semejante. ¿Pero qué habéis tocado? No conozco la música, esa partitura.....

—No podéis conocerla porque acabo de improvisarla en este

momento.

—¡Tan joven!... ¡Tan joven!... —repetía Ciocca que ya se había olvidado de sus alumnos que, de pie, contemplaban atónitos la escena que tenía lugar entre el profesor y el forastero.

—¿Cómo os llamáis?

—Nicolás Paganini.

Dentro de poco toda Liorna, toda Italia, pronunciará con respeto vuestro nombre. ¿Queréis concederme el honor de vivir en mi casa unos días, hasta que consigáis.....?

—No, gracias. Os agradecería solamente que me proporcionarais algún dinero.

—Tomad— dijo Ciocca entregándole unos billetes. No, No digáis nada. Me lo devolveréis luego de vuestro primer concierto. Yo conozco a un empresario, no os aflijáis. Pero, por favor, ¿no podríais volver a tocar algo?

Nicolás se adaptó pronto a la ciudad. Todas las tardes, el joven Paganini iba al conservatorio de Ciocca a conversar de música con el maestro, quien en esos instantes se olvidaba de sus distinguidos alumnos.

PAGANINI... continuación

MOÑO BLANCO, BELLEZA INOCENTE

Paganini contaba por entonces diecisiete años. No era hermoso, mas el hechizo de su música hacía que muchas de las jovencitas que iban a estudiar a lo de Ciocca lo miraran arrobadas. Pero claro, eran distinguidas, finas, espirituales, casi sin experiencia amorosa alguna y Nicolás las consideraba tontas y ridículas.

A menudo se le veía asomarse a un gran balcón, lleno de jaulas de canarios y macetas hechas con latas de aceite, y desde ese maravilloso rincón mirar hacia el otro lado de la calle.

De tanto en tanto solía tocar el violín. Era el momento en que tanto el maestro Ciocca como sus alumnos interrumpían las lecciones para escuchar admirados al joven Nicolás. En toda admiración hay un poco de esclavitud. No fué extraño entonces que una jovencita, tendría apenas dieciséis años, lo invitara a su casa. En la señorial residencia de Adelaida Castagnaro, Nicolás se encontró perdido. Los sirvientes no cesaban de ir y venir con grandes candelabros, co-

mo si en la mansión fuera necesario avanzar siempre abriendo rutas. Además las mesas le resultaban enormes, el mobiliario severo, la tapicería deprimente. Cuando ya cerca de la hora de retirarse estaban mirando un libro de horas y Adelaida se le acercó provocativamente, Paganini advirtió la intención de su amiga, pero cohibido ante tanta magnificencia y protocolos anteriores, apenas si le dió un suave beso en la mejilla, adelantó dos o tres frases convencionales, se despidió y llegó a la calle.

Allí pareció revivir. El sol, que aun no se había ocultado, iluminaba cordialmente a unas gentes rústicas que se saludaban en voz alta, reían, se insultaban, regateaban y a veces de ventana a ventana sacaban a relucir antiguas cuestiones de familias. Los perros, en tanto, vagaban por la calle a la búsqueda de la aventura. Nicolás avanzó por las callejuelas sin rumbo fijo. Inexplicablemente fué a detenerse junto a la tienda que en varias ocasiones había contemplado desde el balcón de lo de Ciocca. Se acercó al escaparate, contó el dinero que tenía y entró.

Una muchacha llegó a aten-

derle. En la semipenumbra del comercio sus dos ojos brillaban extraordinariamente. Era alta, delgada y sumamente hermosa; sobre todo de una belleza inocente y desprevenida.

—*Quisiera comprar un moño, de esos que se ven allí*— dijo Nicolás señalando el escaparate.

—*¿Cuáles? ¿De los azules o de los celestes?*— preguntó Yolanda, que así se llamaba ella.

—*No sé bien.... ¿Cuáles me aconsejaría usted?*

—*Según para qué sean.*

—*Para regalar a una mujer.*

—*¿Joven?*

—*Sí, y muy hermosa.*

—*Entonces ni los unos ni los otros. Tengo unos blancos que le gustarán más.*

—*Bueno, los blancos.*

Yolanda lo trajo y envolvió uno. Nicolás pagó y cerciorándose antes de que nadie lo viera, dijo:

—*Es para usted.*

Yolanda lo miró. Tenía la mano apretada contra el cuerpo como si no se animara a tomarlos. El rubor había incendiado su cara y no sabía si sonreír o ponerse seria. Finalmente los asíó, diciendo:

—*Nunca pensé que un señor*

tan famoso me hiciera un regalo a mí....

—*¿Un señor tan famoso?*— replicó extrañado Paganini.

—*Sí, el maestro Ciocca ya lo ha dicho. Usted es un artista incomparable. Asegura que cuando toca el violín hace llorar.*— ¡El violín.... el violín.... Mejor será que lo olvidemos. ¿Qué le parece si uno de estos días hacemos juntos un paseo?

—*Y.... me gustaría.*

Así terminó la primera entrevista. Paganini se alejó de la tienda contento y fastidiado al mismo tiempo. Contento porque había conocido a Yolanda y le parecía una muchacha encantadora; fastidiado porque por sobre sus posibilidades de hombre aparecían siempre las de violinista. Reflexionaba. La joven iba a salir con él de paseo.... Pero ¿con quién? ¿Con Nicolás Paganini, forastero, despreocupado, bohemio.... o con el otro Paganini, el artista, el virtuoso admirado?

—*Seguramente con el segundo....*— se decía amargamente mientras entraba en su pieza y se tiraba en la cama para pensar mejor en los hermosos días que le prometía Yolanda.

CONTENTA COMO UN PAJARO

A partir del momento en que Paganini entró en la tienda, Yolanda se transformó. Esa noche llegó a su casa, se encerró en su cuarto y deshizo el paquete que le habían regalado. Guardó el moño cuidadosamente y bajó a cenar con sus padres y con sus hermanos. Terminó con los quehaceres de la casa, dejó arreglada la cocina, y cuando todo estuvo listo volvió a su pieza. Se acostó, sacó de debajo de su almohada el moño y lo puso contra su pecho. Con lágrimas en los ojos se quedó dormida y tuvo esa noche unos sueños agitados y dulces. Esto podrá parecer extraño a quien no conozca la vida que por entonces hacía Yolanda. Vendedora de tienda, se lavantaba a las seis de la mañana, preparaba el desayuno para sus hermanos y salía en dirección al comercio. Allí trabajaba hasta el mediodía. Como no tenía tiempo para regresar a su casa a almorzar, comía ciertos alimentos que se llevaba preparados de su casa y continuaba trabajando hasta la noche. Regresaba a su hogar para oír las peleas de su familia; un padre que estaba siempre ebrio, una madre llorosa, y unos hermanos que se robaban los unos a los otros para vagabundear por los suburbios de Liorna. Día tras día lo mismo. Y así meses, años. Cuando la exigua paga llegaba a sus manos, los suyos se la arrebataban apresuradamente.

Resultaba fácil comprender entonces que la posibilidad de contar con un verdadero afecto la conmoviera. Y más aún el pensar que se había fijado en ella ese joven extraño y admirado que, según decían, era un artista. A la mañana siguiente Yolanda se levantó media hora antes para coser el moño al vestido que llevaría a la tienda. Y por primera vez, contenta como un pájaro, advirtió que la mañana era hermosa, que tenía unas luces como esmaltes y que las gentes pueden ser felices y que las gentes pueden estar separados mucho tiempo.

—*¡Pobre Yolanda! Todo el arte del mundo no tenía en esos momentos el mérito de su ilusión.*

—*¿Es posible? Tiene por lo menos dieciocho años y no sabe besar. ¿O está fingiendo o no ha besado nunca? La tomé entre sus brazos y volvió a apoyar sus labios sobre los de ella. Cuando sus bocas se separaron, Nicolás vio con desconcierto que Yolanda lloraba como él no había visto llorar a nadie todavía. No era ese llanto fingido, amable y delicado. Era un sollozo que nacía del pecho, de lo más hondo de la muchacha y que parecía destrozarla. Las lágrimas rodaban ininterrumpidamente por sobre sus mejillas. La apretó contra su pecho esperando que se calmara un poco y cuando estuvo más serena le preguntó:*

—*Yolanda, ¿qué te sucede? ¿Por qué lloras así?*

Ella lo miró sonriendo débilmente. Y dijo:

—*Tú no puedes darme cuenta. Tú no puedes saber lo que te presenta para mí tener a alguien que me quiera de veras. Lloro de alegría, de miedo y de desesperación al mismo tiempo. ¿Qué sería de mí si algún día te fueras? Moriría, sin duda, Nicolás. ¿Pero no es cierto que tú no me vas a dejar nunca? ¡Nunca!*— Y en los ojos de Yolanda había una claridad que asustaba. Quizá ese instante, ese minuto, fué lo único noble, digno de recordar, que hubo en la vida del músico. Tal vez, gracias a Yolanda, él haya podido decir con esa vanidad de los hombres "sí, una mujer me amó de veras un día. Estoy conforme, he recibido mi parte en la vida".

—*Claro, ¡Nunca.... nunca!*— se apresuró a decir, sólo por tranquilizarla, Nicolás.

EL PRIMER CUARTO DE LA DERECHA

Continuaron viéndose todos los días. Pronto Paganini se acostó a los besos y a las lágrimas de Yolanda. Lloraba ella con la facilidad que tienen los corazones nobles y desvalidos; amaba, también, con la intensidad de los desesperados. A los quince días no podían estar separados mucho tiempo.

—*Mira*—le dijo Paganini—. *Hay que tener cuidado con la casera. Si nos viera entrar juntos sospecharía. Por eso mañana yo*



No fué extraño entonces que una jovencita, tendría penas deicéis años, lo invitara su casa. En la señorial residencia de Adelaida Castagnaro, Nicolás se encontró perdido. Los rvidentes no cesaban de ir y venir con grandes candelabros, co-

lejuelas sin rumbo. Inexplicablemente fué a detenerse junto a la tienda que en varias ocasiones había contemplado desde el balcón de lo de Ciocca. Se acercó al escaparate, contó el dinero que tenía y entró. Una muchacha llegó a aten-

Yolanda lo miró. Tenía el mano apretada contra el cuerpo como si no se animara a tomarlos. El rubor había incendiado su cara y no sabía si sonreír o ponerse seria. Finalmente los asíó, diciendo:
—*Nunca pensé que un señor*

Paganini, el artista, el virtuoso admirado?
—*Seguramente con el segundo.....* — se decía amargamente mientras entraba en su pieza y se tiraba en la cama para pensar mejor en los hermosos días que le prometía Yolanda.



Resultaba fácil comprender entonces que la posibilidad de contar con un verdadero afecto la conmoviera. Y más aún el pensar que se había fijado en ella ese joven extraño y admirado que, según decían, era un artista. A la mañana siguiente Yolanda se levantó media hora antes para coserse el moño al vestido que llevaría a la tienda.

Y por primera vez, contenta como un pájaro, advirtió que la mañana era hermosa, que tenía unas luces como esmaltes y que las gentes pueden ser felices y dichosas con sólo sonreír y confiar.

—*¡Pobre Yolanda! Todo el arte del mundo no tenía en esos momentos el mérito de su ilusión.*

EL LLANTO INESPERADO

Llegó la tarde convenida. Ella salió un rato más temprano de la tienda. Caminaron en dirección a su casa, pero acercándose a una pequeña, desolada, íntima plaza. Los últimos pájaros de la tarde revoloteaban asustados ante la inminencia de las sombras. Nicolás tomó suavemente una de las manos de Yolanda. Sintió entonces que la joven se la abandonaba como una paloma muerta. Era tan dulce aquello que Paganini sintió una extraña agitación dentro de su pecho. Yolanda lo miraba con los ojos brillantes, cándidos, redondos, desmesurados. Nicolás yió su boca perfecta y tomándola entre sus brazos, la besó.

Yolanda no besaba como las otras mujeres que conocía Nicolás. Era muy distinta. El músico pensó para sí.

—*¿Por qué me quieres? ¿Por qué me quieres de veras. ¿Por qué me quieres de alegría, de miedo y de desesperación al mismo tiempo. ¿Qué sería de mí si algún día te fueras? Moriría, sin duda, Nicolás. ¿Pero no es cierto que tú no me vas a dejar nunca? ¡Nunca! — Y en los ojos de Yolanda había una claridad que asustaba. Quizá ese instante, ese minuto, fué lo único noble, digno de recordar, que hubo en la vida del músico. Tal vez, gracias a Yolanda, él haya podido decir con esa vanidad de los hombres "sí, una mujer me amó de veras un día. Estoy conforme, he recibido mi parte en la vida".*

—*Claro, ¡Nunca..... nunca! — se apresuró a decir, sólo por tranquilizarla, Nicolás.*

EL PRIMER CUARTO DE LA DERECHA

Continuaron viéndose todos los días. Pronto Paganini se acostumbó a los besos y a las lágrimas de Yolanda. Lloraba ella con la facilidad que tienen los corazones nobles y desvalidos; amaba, también, con la intensidad de los desesperados. A los quince días no podían estar separados mucho tiempo.

—*Mira —le dijo Paganini—, Hay que tener cuidado con la casera. Si nos viera entrar juntos sospecharía. Por eso mañana yo no iré a esperarte a la salida de la tienda. Lo mejor será que vengas directamente a casa. Yo te estaré esperando. Recuerda debes subir hasta el final de la escalera. Mi cuarto es el primero de la derecha.*

—*¿Si alguien me pregunta algo, qué tengo que decir?*

—*Diles que vienes a cobrar una cuenta — respondió el músico.*

Se separaron. A las siete de la tarde, Nicolás, ansioso, esperaba. Oyó unos pasos mentados y delicados sobre los peldaños de la escalera. Luego, la puerta se abrió. Con los ojos desmesuradamente abiertos y una sonrisa de felicidad, apareció Yolanda. Se quedó un instante detenida, como una visión. Lucio corrió hacia él y se echó en sus brazos.

(Continúe leyendo en el próximo número los amores de Paganini y Yolanda Giordani).